

de encontré dos Licenciados que había conocido en Morelia el año de 1852.

Informados de mi enfermedad, me ofrecieron una medicina que me había de sanar. Me hicieron servir una buena comida y con ella un gran vaso de pulque compuesto, con chile, cebollas, naranjas agrias, sal y no sé que otra cosa.

Después de comer, me hicieron acostar en un buen colchón que me proporcionaron. Agoviado de la fatiga y con el efecto del pulque, pronto me dormí profundamente, y sabe Dios cuánto hubiera durado mi sueño, si mis amigos los Licenciados no lo hubieran interrumpido á la media noche, dando palmadas y grandes voces, de "Arriba, amigos, arriba; que vienen los mochos."

Desperté azorado, sin darme cuenta por lo pronto, de lo que se trataba; y como estaba vestido, de un salto me puse en el suelo.

Uno de mis amigos traía una palmatoria y una carta. Aquella carta, que le enviaban de Moreleón, contenía el aviso de que una fuerza de caballería marchaba en dirección de Cuitzeo.

Nos dispusimos en el acto para escapar, pero se ofreció una grande dificultad, y era que las canoas en que el General Doblado pasó á la otra banda de la laguna, aun no regresaban.

Yo propuse que fuésemos á caballo, presumiendo que ya me sería posible cabalgar; pero mi amigo me dijo que no era prudente mi proposición, porque teniendo que hacer un largo rodeo por la orilla de la laguna, nuestros perseguidores con seguridad nos alcanzarían.

Por nuestra fortuna, después de una hora de inquietud y de dudas, avisaron de la llegada de las canoas.

En el estado de abatimiento en que me hallaba, debía embarcarme en el primer viaje que hicieran las canoas, como lo verifiqué. Busqué modo de acomodarme sobre unos costales de maíz, que el rocío y los remos habían mojado, circunstancia fatal para mi enfermedad, pero que no me era posible evitar, porque estaba completamente imposibilitado de permanecer de pie.

A la madrugada llegamos á una ranchería de indígenas llamada San Juan Tararameo. Viendo un jacal en donde ardía una buena lumbre, me introduje en él, sentándome junto al fuego, porque hallándonos á mediados de Noviembre, ya se dejaba sentir bien el frío en aquellos lugares.

Hasta las diez de la mañana acabaron de incorporarse los que habían quedado en Cuitzeo, á consecuencia del trabajo que dieron los caballos para embarcarlos.

Por otra parte, el enemigo no se había acercado á Cuitzeo.

Después de que hubimos almorzado, montamos á caballo, y subiendo un empinado cerro que nos proporcionó una vista deliciosa, tomamos el camino de Morelia donde llegamos después de anochecido.

Allí encontré varios amigos, entre otros, á Joaquín Colombres y á José D. Bello, que habían sido compañeros de prisión.

Bello me llevó á su alojamiento, que estaba en una bodega de la casa del Gobierno; me acomodó lo mejor que pudo, y aun se levantó varias veces durante la noche, para darme té.

Al día siguiente fué á visitarme el Sr. Lic. D. Antonio García, que había sido Ministro de Justicia en tiempo de Comonfort, y me llevó á su casa.

En ella tenía lista una pieza amueblada para mí. Hizo venir al médico, que era D. Rafael Montañó, también amigo mío, que no quiso recibir retribución ninguna por sus visitas.

Las prescripciones del médico, respecto de alimentos, eran escrupulosamente cumplidas por la señora esposa del Lic. García, (1) á quien debí las mayores atenciones y finezas, que nunca olvidaré, lo mismo que su carácter lleno de bondad y dulzura.

A los pocos días de vivir en la casa del Sr. García, la enfermedad había cedido; pero me quedaba una gran debilidad.

(1) La Sra. Doña Francisca López Portillo.

Los cuidados de aquella excelente familia, la tranquilidad de mi espíritu, y las distracciones, me fueron vigorizando poco á poco.

Una parte del día lo pasaba leyendo obras escogidas que mi bondadoso huésped había puesto en mi cuarto, ó platicando con la familia, donde tuve el gusto de conocer y tratar á la simpática poetisa, la señorita Esther Tapia.

Un día llegó á la casa D. Manuel Doblado, y me dijo que él pensaba marchar á Veracruz; y me preguntó cuales eran mis intenciones.

Le contesté que iría con gusto á Veracruz, donde con el clima y el reposo podría restablecerme completamente.

Está bien, me contestó D. Manuel, yo lo llevaré á vd., pero con una condición.

¿Cuál es?

Que cuando termine en el puerto los negocios que allí me llevan, y vuelva al interior para continuar la campaña, ha de venir vd. conmigo.

No tengo inconveniente, le contesté.

Pues entonces, alístese vd. para que marchemos pasado mañana.

Está bien.

Llegado el día de la partida, me despedí lleno de gratitud del Lic. García y de su apreciable esposa; y entrando en la diligencia, salimos para Tacámbaro, donde nos aguardaban los caballos.

Tacámbaro era el arsenal del Estado de Michoacán, con almacenes y talleres donde se construía ó recomponía el material de guerra. De allí se proveían de municiones las fuerzas que operaban en el Estado, y también se hacía remisiones á las tropas de los Estados limítrofes.

Al día siguiente continuamos el viaje hacia la costa.

Estuvimos en la Hacienda del Tejamanil, que se halla situada al pie del volcán del Jorullo, en medio de un país desolado, cubierto de lavas.

Más adelante, pasamos el Río de las Balsas, y penetramos en el Estado de Guerrero.

Un día en que se hallaba despeado mi caballo, me propuse quedarme atrás de la comitiva, caminando al paso. En un pequeño claro que hacía el bosque por donde íbamos, encontré un grupo de individuos de la escolta del General, (1) en son de conferencia. Uno de ellos me dirigió la palabra diciendo "Mi Jefe," ¿Con que hoy se queda atrás?

Sí, le contesté. Mi caballo no puede andar, y es necesario conservarlo hasta donde lo puedan herrar.

Seguí andando paso á paso, hasta internarme bastante en el bosque. Allí puse mi caballo al galope para incorporarme á la comitiva, porque la actitud de aquel grupo de *chinacos* que se habían quedado rezagados, me dió en que maliciar.

Dos días después despidió el Gral. Doblado á la escolta para que regresaran al Estado de Guanajuato.

La mañana que marcharon encontré cortadas las *árganas* de hule que traía en ancas mi caballo, provistas de ropa blanca. Nada faltaba en ellas, lo que me hizo creer que pensaban aquellos hombres que contenían dinero; y por esto me afirmé en la sospecha de que cuando se atrasaron en el bosque, tramaban algo contra mí.

Después de algunos días de caminar por las playas de la Costa Grande, llegamos al Puerto de Acapulco.

No tardó en fondear en aquella hermosa bahía el magnífico vapor Americano *Golden Age*, en el cual se embarcaron para Panamá el Gral. Doblado, D. Juan José Baz y D. Pascual Miranda.

Yo me quedé con D. Francisco Venegas, mayordomo de D. Manuel Doblado, para embarcarnos el día siguiente en el vapor *Ungle Sam*, hermoso buque de tres mil toneladas, pero inferior al *Golden Age*.

Durante la navegación, me contó Venegas que los Señores Doblado, Baz y Miranda, iban á Veracruz, comisionados por los Estados de Guanajuato, Michoacán y México, para pedir al Gobierno que, en vista de la desgracia que perseguía á D. Santos Degollado en sus operaciones

(1) Eran unos cuantos chinacos sacados de Morelia.

militares, se diera el mando en Jefe del Ejército, al General Doblado.

A los seis ó siete días de navegacion, fondeó el *Ungle Sam* en la bahía de Panamá, donde desembarcamos.

Con objeto de dejar seguras nuestras maletas, que nos estorbaban, tomamos un cuarto en un hotel.

Después de almorzar fuimos á visitar la Catedral, dimos un paseo por la ciudad, que no tiene nada de notable, y volvimos á recoger las maletas para embarcarnos en el ferrocarril.

El dueño del hotel, que era un francés, nos invitaba á permanecer siquiera un día en Panamá, tratando de hacernos creer que diariamente había viajes á Colón, y que el vapor para la Habana no salía sino dos días después. Si lo hubiéramos creído, probablemente D. Manuel Doblado se habría embarcado en Colón, quedándonos Venegas y yo en Panamá sin recursos, y por tanto en una situación dificultosa.

Tomamos, pues, el tren, y tres horas después nos reunimos en Colón con el General.

Después de comer, se suscitó la conversación sobre la salida del paquete. El mozo de la fonda aseguraba que no saldría sino hasta el día siguiente; pero habiendo sonado un cañonazo, manifesté que aquel disparo podía ser del paquete, llamando á los pasajeros.

A esto replicó el mozo que era la retreta de un buque de guerra que se hallaba surto en la bahía.

No satisfechos con aquella explicación D. Pascual Miranda y yo, resolvimos ir á dormir á bordo, lo que desde luego pusimos en ejecución aunque no sin trabajo, porque la noche era sumamente oscura y desconocíamos la localidad.

Apenas llegamos á bordo del *Daniel Wester*, cuando el buque soltó las amarras, poniéndose en franquía.

Poco después llegaron los Sres. Doblado, Baz, y Venegas, convencidos de la marcha del vapor, al que tuvieron que atracar en una lancha.

Antes de haber pasado un cuarto de hora abandonamos el Puerto de Colón.

Se hallaban á bordo del *Daniel Wester* varios pasajeros de Colombia, del Ecuador y del Perú, los cuales simpatizaron naturalmente con nosotros, por identidad de origen y de idioma: pero esto dió lugar á continuas discusiones sobre política, que regularmente tenían lugar en la popa del buque, donde se agrupan los pasajeros americanos, admirando nuestra gesticulación y la fogosidad con que discutíamos y accionábamos.

Después de seis días de navegación, llegamos á la Habana.

Desde luego invadieron el buque los dependientes de los hoteles, repartiendo tarjetas en las cuales anunciaban sus casas respectivas, para recoger á los pasajeros que quisieran ir con ellos.

Don Manuel Doblado prefirió el Hotel Metropolitano, en cuyo bote nos instalamos.

Los botes de los otros hoteles también se llenaron de pasajeros, pero ninguno partió, hasta que el oficial de los carabineros que se hallaba en una falúa, no dió orden al efecto.

La cuadrilla de botes comenzó á bogar, custodiada por la falúa de los carabineros, que remaban á retaguardia.

De aquel modo nos dirigimos á la Aduana, donde fueron registrados los equipajes; recibiendo yo una fuerte reprimenda del vista, porque llevaba un paquete de periódicos extranjeros que el Administrador de Correos de Acapulco me suplicó que condujera á la Admidistración de Veracruz.

Los sucesos que tuvieron lugar en la Habana, aunque curiosos, no son propios de este lugar. Sólo mencionaré que el dueño del hotel en que estábamos alojados, como habían hecho los de Panamá y Colón, trataba de detenernos, haciéndonos creer que el paquete inglés saldría un día después del en que debía salir.

A no ser porque D. Juan José Baz estuvo en el Consulado Inglés, y allí supo la marcha del paquete, indudablemente nos hubiéramos quedado un mes en la Habana.

Llegamos á bordo con mil trabajos, en el momento en que el buque recogía las escalas.

Cinco minutos después atravesamos la bahía.

Durante la navegación sufrimos un fuerte norte, que no dejó de causarnos molestias y temores.

Fondeamos en la Barra de Tampico, para recoger la plata y pasajeros, y al día siguiente echamos el ancla en Veracruz.

Mientras hacíamos nuestra larga correría por el istmo, nuevos acontecimientos funestos para la causa liberal habían ocurrido.

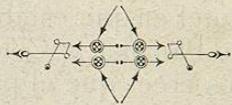
Veracruz se preparaba para recibir la segunda visita de Miramón.

Don Santos Degollado, que de San Luis bajó á Tampico, se hallaba en Veracruz, previniendo así el golpe de que estaba amenazado.

D. Manuel Doblado fué mal recibido por el Gobierno, y á consecuencia de un desaire, tomó el vapor *Tennessee* y partió para Nueva Orleans.

Yo, que nada sabía, fuí de visita á casa de D. Manuel Gutiérrez Zamora, donde hallé á Baz y á Miranda que criticaban acervamente á Doblado. Como me señalara el primero el humo del vapor que se perdía en el horizonte, apostrofando á D. Manuel Doblado, yo le contesté que de aquel señor no podía hablar mal, porque de él había recibido favores y estimación.

Pocos días después se me mandó poner á las órdenes del General Rosas Landa, para marchar á Oaxaca.



NOTAS.

I.

La impresión profunda que causaron en la sociedad los fusilamientos de Tacubaya, y la conducta que después de ellos observaron los liberales, respetando á los prisioneros, ó poniéndolos en libertad, como lo hizo D. Manuel Doblado con los de la acción de Las Animas, que tuvo lugar pocos días antes de la batalla de la Estancia; obligaron á los reaccionarios á dar cuartel á los que cayeron en su poder en aquella batalla.

No obstante, poco satisfechos de que no corriera la sangre, escogieron una víctima para sacrificarla. Esta fué, el desgraciado Capitán de Artillería D. José Hoffman.

Para dar á su acto cierta apariencia de justicia, le formaron consejo de guerra, dándole el nombre de *Cheesman*, (1) acusándolo de haber puesto las minas que determinaron la toma de Guadalajara; y sentenciándolo á muerte, como ejemplo para que los *yankees* no tomaran parte en nuestra contienda. Por supuesto, que Hoffman no era yankee, ni había estado en Guadalajara, ni se llamaba *Cheesman*.

Hoffman hacía algunos años que servía en el Cuerpo de Artillería, y era conocido por todos los Oficiales del arma. De consiguiente, todo fué un tejido de embustes y supercherías, para sacrificar al desdichado Hoffman.

El Diario del Fusilado, impreso en Querétaro con motivo de esta inicua ejecución, lo tuve en mis manos en Morelia.

Odiaban á Hoffman porque á la caída de Comonfort le hicieron proposiciones para que sirviera á la Reacción, á lo que él se negó, porque sus simpatías estaban del lado de la Reforma, y porque creía que el Gobierno de Juárez era el legítimo, á quien debía servir.

II.

En un periódico de aquella época se lee lo siguiente: "Des lettres particulières, datées de Querétaro le 13, ont été reçues á México.

Il est dit dans une de ces lettres, d'après la *Société*, que l'américain fait prisonnier dans le combat de la Estancia et conduit, depuis, á Querétaro, est le célèbre Cheesman."

(1) Hay que advertir que Hoffman era muy torpe para expresarse en español.